

AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

10. CUENTO EN TRES PASOS
ALICIA PRACK

SELECCIÓN DE TEXTOS
DE AUTORES
IBEROAMERICANOS



Alicia Prack

CUENTO EN TRES PASOS



Cuento en tres pasos

Así fue como empezó

El del quinto A no es un tipo especial ni alguien de quien se podría hablar maravillas. Es... común. ¿Cómo te lo explico? De unos treinta largos, ni delgado ni gordo. Normal. Con todo su pelo, bien cortado, y mide como uno ochenta más o menos.

Bueno, resulta que hoy me lo cruzo en el hall de entrada, cerca de los ascensores. Yo vengo del mercado y él está cerrando la puerta de uno de ellos. Le pido que no cierre, y sin mirarme, se va apurado hasta la puerta principal del edificio. Allí es cuando lo miro bien e intento frenarlo y decirle que no puede salir así a la calle, descalzo y en calzoncillos. Entonces, se frena de golpe, me mira sin verme como si yo fuera transparente y me dice que me va a contar lo que le pasa. Yo trato de calmarlo y de convencerlo para que vuelva a su departamento y se vista, mientras me va contando lo que le ocurre. Pero no lo consigo. Está obsesionado, como alterado, solo muestra una leve sonrisa dando a entender que le gusta estar así. Es lo que yo pienso porque se nota que no siente temor por algo o por

alguien. Y tampoco nada de pudor estando frente a mí, en paños menores.

Dice que se despertó y vio todo su departamento chiquito como casa de muñecas, que apenas pudo salir por la puerta, que lo hizo arrastrándose y forcejeando. Que todas sus cosas se habían empequeñecido del tamaño de juguetes. Cuenta que quiso ir al baño y no pudo entrar. Y que en la cocina toda la vajilla, la heladera, el microondas, la cafetera y los cubiertos parecían salidos de la caja de alguna Barbie.

De pronto, detiene su relato y se dirige decidido hacia la puerta de entrada, y yo, con un par de bolsas en cada mano, no puedo sujetarle el brazo. Entonces empiezo a seguirlo por la vereda, lo quiero llamar, pero desconozco su nombre. Miro hacia todos lados para ver si pasa alguna patrulla, pero es inútil. La gente lo observa entre divertida e indignada. Por suerte la mañana está tibia y no se va a morir congelado. Llega hasta la esquina y se para como pensando para dónde ir. Algunos autos le tocan bocina y otros le gritan cosas inentendibles. Intenta cruzar y una frenada seguida de un insulto lo obliga a detenerse.

-¿Qué te fumaste, pedazo de boludo?

Me da pena. Pero no sé qué hacer. No quiero acercarme demasiado por si me dicen algo desagradable a mí también. No veo ni un policía. Siempre pasa lo mismo, cuando más los necesitamos no aparece ninguno.

El semáforo cambia a verde y cruzamos. Yo siempre detrás. Tomo conciencia de los alimentos congelados que tengo en las bolsas de las compras, aunque pienso que un rato más van a aguantar fuera del freezer. Llegamos a la vereda de enfrente y un indigente le grita algo velado, por el alcohol que habría bebido. Mi vecino no le contesta ni se percata de lo que provoca mientras va caminando.

Un joven en bicicleta aminora la marcha y le pregunta:

-¿Qué te pasó, flaco, te afanaron?

-Se me achicó la casa y no voy a poder entrar
¡Casi no podía salir!

-¡Ah, bueno, estás peor de lo que yo me imagino, flaquito, suerte! -le dice, alejándose.

Al llegar a la otra cuadra en vez de volver a cruzar, dobla la esquina, y aparecen de frente dos oficiales de policía. Me quedo dura, permaneciendo

cerca de mi vecino, para ver qué le van a decir cuando lo vean así.

-¿Adónde piensa que va usted? -le dice uno de los agentes con el brazo extendido con intención de frenarlo.

-Eso mismo me pregunto yo -contesta el hombre con tono inocente.

-Bueno, parece que tenemos a un gracioso ¿Usted se cree que se puede ir así por la calle?

-Así..., ¿cómo?

- En calzoncillos.

- ¿Y por qué no?

- Porque está prohibido.

-Ah, ¿si? Perdona, no lo sabía.

Y acto seguido se baja los calzoncillos, se los quita y los deja tirados en la vereda. No puedo creer lo que estoy viendo. No por los genitales de mi bien dotado vecino, sino por la situación.

-¡Ahora no los tengo más! -dice para conformarlos y terminar con el episodio. Y sale como disparado, corriendo como una liebre, zigzagueando entre la gente, riéndose como una criatura, con los dos policías detrás, y yo detrás de ellos, temiendo que a mi vecino le ocurra lo peor. Lo veo como a cincuenta

metros, cruzando otra vez la avenida, y escucho más frenadas y algunos choques. Nadie se quiere perder el espectáculo de un hombre desnudo, corriendo y riendo como loco.

Ahora puedo acercarme más a mi vecino y alejarme de los policías, los pierdo de vista por suerte. Llegamos hasta nuestro edificio, transpirando, jadeando y mirando hacia el lado por el que podrían aparecer los uniformados, me descuelgo velozmente las llaves que llevo en el cuello y abro. Cierro la puerta y nos metemos en un ascensor que por fortuna estaba en planta baja. Pulso el cinco para acompañarlo hasta su puerta, pero me dice que no va a poder entrar... Entonces, aprieto el siete, para ir hasta mi casa y darle alguna prenda para cubrirse. El ascensor se detiene en el cinco, y al abrirse la puerta una señora que esperaba para ir a la planta baja nos mira y se queda petrificada. Llegamos por fin a mi departamento y entramos. Entonces, muy compungido, me dice algo que me desconcierta y me conmueve a la vez:

-Quiero irme a casa, pero no tomé las llaves antes de salir... ¿Tenés algún imán en tu heladera con el número de un cerrajero de confianza?

Dejo las bolsas sobre la mesada, guardo los congelados en el freezer, saco la botella de agua helada y sirvo en dos vasos. Le extiendo la bebida a mi vecino, me bebo toda el agua de un trago y me quedo mirando ese cielo celeste, límpido, surcado por una bandada de palomas. Pienso en lo bien que me siento de vuelta en casa, por eso lo entiendo a este tipo. Tomo un repasador del primer cajón y mientras se lo doy le contesto:

-Sí, tengo el número, pero tapate, carajo...

Así fue como empezó. Y no sé cómo terminará...

¿Vos qué hubieras hecho?

Así fue como siguió

Te cuento que estuvimos un rato bastante largo en la cocina. Él, sentado en una de las butacas con el repasador tapando sus partes íntimas, y yo, de pie contra la mesada. Miro el reloj de pared. Casi mediodía. Le muestro el imán del cerrajero y le pregunto:

-¿Llamo yo, al cerrajero? ¿O te ocupás vos? Pero antes te presto un pantalón que creo que te va a entrar. Era de un ex que ya...

De pronto, el tipo se levanta, se le cae el repasador, se sonríe y enfila hacia la puerta.

-¡Ni se te ocurra salir en bolas de mi casa! Esperá que te traigo la ropa y vas al baño a vestirte, ¡que lo tiró!

Desde el baño me empieza a contar, mientras le alargo el pantalón.

-Me llamo Iván, pero me dicen Ben, por el parecido con ese actor que... ¡me queda perfecto, otro día te lo devuelvo!

¿Vos cómo te llamás?

-Me dicen Jenny, porque me parezco a ... No importa. Decime que querés hacer con tu casa en miniatura.

Sigue sin responder. Llamo al cerrajero de urgencias y me dicen que solo esperaríamos veinte minutos, menos mal.

Suena la chicharra del portero. El hombre llega muy puntual. Pero antes de que toque el timbre de mi casa le pregunto a Ben si había bebido o consumido algo raro esta mañana. Es como si fuera sordo porque lo único que le preocupa es entrar a su departamento para cerciorarse de que no ha dejado alguna hornalla encendida o una canilla abierta. Mi cabeza piensa a mil por hora tratando de preguntarle cosas, como para saber ante qué clase de persona estoy.

-¿Sos de tener pesadillas? Porque parecías sonámbulo... -es al cohete, no responde.

El cerrajero, Ben y yo bajamos al quinto y enfilamos hacia su puerta. En el palier hay un olor a comida tan rico que me hace dar cuenta del hambre que tengo. Y parece que Ben también está famélico, porque cierra los ojos y aspira profundamente.

-Mi vecina es cocinera y sale en la tele. A veces me convida con algo para que pruebe. Después te la presento, por ahí nos da algo de comer.

El señor de la cerrajería nos mira de reojo. Al llegar al A se arrodilla frente a la cerradura, abre la caja

de herramientas y empieza probar llaves, hasta que da con una que mágicamente abre la puerta. Me adelanto para mirar las

«miniaturas», pero no veo nada raro. El departamento está limpio y ordenado. Entonces, Ben, riéndose como enajenado revisa hornallas y canillas, y radiante, feliz de la vida, me dice:

-¡Qué suerte, está todo en orden!

El modo en que lo miro hace que se le congele la risa. Palidece.

-Andá a buscar tus llaves, tu billetera, pagale al señor, cambiate de ropa, devolveme lo que te presté y andate a la mierda.

El cerrajero hace como si no hubiera escuchado, toma el dinero y con un inaudible «hasta luego» se aleja veloz por la escalera.

Ben me toma del brazo con suavidad como para disculparse, pero lo dejo plantado, corro hacia la escalera y subo de a dos los escalones que me llevan hasta el séptimo. Llego hasta mi puerta, me descuelgo las llaves del cuello y al entrar me caigo, porque tropiezo con algo que está tirado en el piso. Es el repasador con el que Ben se tapaba. Al levantar la cabeza me golpeo la frente con algo duro. Es la araña del comedor, pero muy

chiquita. Mis ojos recorren la casa y se encuentran con un espectáculo que ni remotamente se me hubiera pasado por la cabeza, que podría ocurrir. Debo permanecer agachada, ya que todo el interior de mi departamento parece de juguete, como si hubiera entrado a una casita de muñeca Barbie completa. Todo en miniatura. Ben decía la verdad, entonces, y yo que lo creo chiflado, drogado o loco...

Cierro la puerta, enfilo hacia la escalera, bajo hasta el quinto y no sé cómo, pero en un instante empiezo a golpear la puerta del A, con el puño. Aparece Ben con un gesto tal de benevolencia y comprensión en su cara, que no hacen falta explicaciones. Le cuento con pesar que cerré la puerta de golpe y dejé las llaves dentro de mi casa y que todo era chiquito como de juguete...

Entonces, me abraza y me dice:

-La vecina cocinera me regaló una fuente de canelones, vení, comamos antes de que se enfríen, creo que estamos muertos de hambre...

Así fue como siguió ... ¿A vos te gustan los canelones?

Así fue como terminó

Ben tiene razón. Estamos hambrientos. Desde temprano no cesan las sorpresas y necesitamos detenernos a comer y olvidar las fuertes emociones que se fueron presentando. La casa de mi vecino es austera, con decorados minimalistas y muebles cómodos. La gran atracción al entrar es el ventanal de cristales del techo al piso, con cortinados sobrios. La mesa que dispone para disfrutar del almuerzo demuestra el buen gusto de este hombre para compartir y convertir el momento en algo muy agradable. Todo hace que olvide lo ocurrido en mi casa.

Pero me sobresalto cuando destapa una botella de vino, y es cuando se me agolpan los pensamientos.

-¡Hongos! Yo no los como.

-Así es, creo que este plato tiene hongos. Si te producen alguna reacción alérgica, te preparo otra cosa. Tengo hamburguesas en el freezer... -me contesta, mientras huele la fuente y sonríe como si nada.

-¡No, vos no! ¿Somos nosotros dos o todos? No, yo no los como.

-A mí me gustan, Jenny, la vecina es una experta. Ben se sienta a la mesa y está a punto de engullir los

canelones con fruición. Yo lo miro y temo que lo ocurrido esta mañana se repita.

-¡No, vos no! ¿Cómo son? ¡Oh, yo no jodo, zonzos, loco, bombón! Todo bochornoso... ¡Sos glotón! Yo solo lloro, no los como, tonto...

-Jenny estás hablando todo con la o -me dice entre sonoras carcajadas -creo que el hambre te está afectando. Por favor, probá un sorbo de este malbec, es una delicia combinado con cualquier comida.

Bebo un poco y siento miedo de hablar de nuevo con la o. Aunque lo intento para explicarle a Ben sobre mi terrible sospecha.

--Ben, no estoy jodiendo. Tengo una enorme desconfianza sobre los hongos que utiliza tu vecina para preparar sus platos. Lo ocurrido sobre nuestras casas en miniatura parece el resultado de haber consumido hongos alucinógenos. Yo no los había comido, pero los había oído. Solamente había aspirado su aroma. Se ve que se le fue la mano con la cantidad.

Ben se queda como una estatua, con la boca abierta y el tenedor con un bocado a mitad de camino. Parece una foto de publicidad de restó famoso. Le sigo explicando que en México los consumen para darse un lindo viajecito psicodélico, pero que no producen

adicción. Se llaman psilocibios y son utilizados en ritos espirituales, recreación y provocan ataques de risa.

-¿Cómo? ¡No! -dice Ben.

Y me empiezo a reír porque si a él también le pasa lo de la letra o, yo me voy a tentar y no voy a poder parar. Entonces veo que saca unas hamburguesas del freezer, las pone en la plancha para bifés, y luego corta un par de tomates en rodajas, ralla una zanahoria y fetea un pepino. Dispone todo en una ensaladera. Está muy serio, preocupado. Comemos las hamburguesas y la ensalada con un apetito voraz.

Al terminar, le ayudo a tirar los canelones a la basura, lavo la fuente, la seco y ambos pensamos lo mismo. Ir a devolvérsela a la vecina cocinera y preguntarle sobre este ingrediente, para salir de dudas. Pero esta vez nos ponemos barbijos, para filtrar el aire por si ha vuelto a usar esos dichosos hongos.

Golpeamos. Esperamos unos minutos. No se escuchan ruidos desde el interior ni hay olor a comida en el palier. Golpeamos de nuevo más fuerte.

Al no obtener respuesta resolvemos ir hasta el canal de televisión donde la cocinera presenta sus programas. Le explicamos al recepcionista nuestra

presencia allí y nos dice que dejó grabado el programa y se retiró, pero que no sabe hacia dónde se dirigía.

Regresamos a nuestro edificio. Decidimos ir al séptimo para ver si mi casa está en orden, pasado el efecto del alimento en cuestión. Pero como recuerdo que las llaves quedaron adentro, llamamos al cerrajero de emergencia desde el departamento de Ben, y lo esperamos en el hall de entrada.

Cuando el hombre llega nos dice con expresión de desagrado, mirando un cartel que pegamos en el cristal, prohibiendo que se utilice el peligroso producto:

-¡Con razón! Cuando llegué a mi negocio no podía entrar, la cerrajería parecía de juguete...

Así fue como terminó.

Con Ben ya festejamos nuestro mes de convivencia. Por suerte ya no volvieron a ocurrir episodios con alucinaciones.

Te aconsejo que tomes todos tus recaudos si estás por mudarte...

FIN

ALICIA PRACK



Es oriunda de la localidad de Vicente López, provincia de Buenos Aires, Argentina. Escribe desde la adolescencia. Participó en numerosos foros literarios online de habla hispana, desde el año 2000, donde al escribir bajo consignas se potenció su avidez por leer y escribir // Participó en concursos literarios de la Revista El Mirador y Aguas Argentinas de la localidad de San Isidro obteniendo Mención en 1997 y 1998 // Primer Premio del Concurso “Final de Cuento”, del Periódico La Vela, de San Isidro 1998, y mención en 1999 // Premio Edenor y Fundación El Libro, con

cuento de Suspense, 2004 // Integró antologías de distintas editoriales: Autores Seleccionados en la XIX Convocatoria Internacional de Poesía y Narrativa Breve, organizada por Editorial Nuevo Ser, Letras de Oro 2008 // Integra la antología “...El diálogo nos amontona”, ROI 2014 (Editorial Dunken) // Participó en las Ferias del Libro virtuales de Brasil, Perú, México y Sudáfrica. Integra la antología de microficción EN POCAS PALABRAS (Editorial Dunken). Es autora del ebook MOSAICOS EN ROSA, GRIS Y AMARILLO, parte I y parte II, publicado en Google Play Books. Se especializa en cuentos, microcuentos, prosa poética y algunos poemas (Registrados en su totalidad).



Título: Cuento en tres pasos.

Autor: Alicia Prack.

Edición digital Hoja en blanco. Noviembre, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

